

Montilla y la niebla catalana

ANTONI PUIGVERD
LA VANGUARDIA - 12/03/2007

El president Montilla pronunció el jueves, conmemorando sus 100 primeros días de gobierno, una conferencia sustanciosa. Con la austeridad que le caracteriza, describió su estrategia para la Catalunya del futuro. Hablando en primer lugar de lo que ya está en marcha. Del pacto tripartito, que avanza sin sobresaltos. Del rumbo de la gobernación, marcado por el acento social. Y del incipiente despliegue del nuevo Estatut, que progresará, asegura, a pesar de las amenazas externas.

Seguidamente, no sin antes reafirmarse en sus lemas ya característicos (firmeza, orden, rigor, laboriosidad, discreción), Montilla enfatizó que el sujeto de la gobernación catalana es la ciudadanía. Y sin entretenerse, por lo tanto, en factores sentimentales, sintetizó los 10 compromisos de su Govern. La seguridad: pretende acabar con la sensación de vulnerabilidad apelando a la coordinación policial, aunque aportó mejores frases ("una seguridad de posibilidades, no de restricciones") que propuestas.

La enseñanza, que considera motor básico de la integración cívica y de la competitividad (sin atreverse, no obstante, a coger por los cuernos las causas de su visible deterioro). La lengua catalana, que le permite hablar tangencialmente de "proyecto colectivo", pero cuya visible flaqueza en nuestras calles conjura con una rutinaria apelación a la inmersión escolar.

Sus compromisos atañen, asimismo, a las políticas de vivienda y sostenibilidad territorial (a las que aludió con buenas intenciones, exceptuando su promesa de ampliar a 100 los barrios por rehabilitar). A la inmigración, que presentó, razonablemente, como factor determinante del crecimiento y cuyos problemas serán al parecer considerados en la próxima ley de Acogida. Se fajó sin titubeos frente al desbarajuste de Renfe: "Nos pondremos al frente de esta exigencia". Y afirmó que quiere convertir el aeropuerto barcelonés en un centro de comunicaciones internacionales, pero previno contra unas misteriosas (por inexplicadas) presiones de unos grupos empresariales. No reveló cuál es la

propuesta concreta que defenderá su Govern para la gestión de los aeropuertos.

La apuesta por la investigación y el conocimiento (tan imprescindibles para el futuro como el mismo aeropuerto) se fundamentará en los incentivos fiscales, en una Agencia de Innovación y en la futura ley de Ciencia, en virtud de la cual Catalunya va a situarse en "la vanguardia de Europa". La drástica reducción de los impuestos a las herencias y la descentralización del poder catalán hacia los ayuntamientos para acercar el poder al ciudadano culminan los compromisos y planes de Montilla, al margen de una radical defensa de la transparencia.

Fiel a su talante sobrio y concreto, alejado de las divagaciones, Montilla no quiso avanzarse a la amenaza que pende sobre la cabeza del Estatut cual espada de Damocles. Al contrario, aprovechó para ironizar sobre los agoreros y los que se regodean en la gesticulación dramática.

Y estuvo muy críptico al referirse al posible fallo negativo del más alto tribunal: "Las instituciones y las fuerzas políticas catalanas sabrán deducir las conclusiones pertinentes a fin de reorientar su acción política e institucional". Tan ambigua frase puede ser interpretada en todos los sentidos: desde la resignación hasta el irredentismo.

Consciente de la debilidad electoral sobre la que se fundó su pacto de Govern y consciente de que los rayos y truenos ponentinos paralizan la versatilidad del PSOE, Montilla intenta alejarse de los bollos horneados en los pasados años, recetando seriedad, laboriosidad, eficacia, cultivo del bienestar ciudadano. Y serenidad. Se trata, sin duda, de una receta vitamínica. Plausible especialmente en épocas de estabilidad y claros horizontes.

¿Es la presente, sin embargo, una coyuntura estable? ¿Tiene, realmente, Catalunya el horizonte despejado? Ahí residen, a mi entender, las carencias del diagnóstico presidencial y de su plan de gobierno.

No es necesario apelar al catastrofismo para percibir que Catalunya se juega el futuro en estos tiempos de niebla. Sin necesidad de regodearse en el pesimismo,

hay que atreverse a describir la niebla: el debate sobre el aeropuerto ha mostrado descarnadamente los límites del veterano empuje catalán. Succionada por el sistema radial de comunicaciones que gira en torno al eje de la formidable región central, Catalunya puede estar provincianizándose. Por extensión, su singularidad cultural y el control de su bienestar están en peligro.

Basar la estrategia política en la ausencia de líos, en el trabajo ordenado, en las políticas sociales, en leyes interesantes y en las buenas intenciones puede servir para conjurar los errores del pasado. Pero la cautela no ocultará la niebla del presente. Ni permitirá llegar a la "ciutat llunyana".

El discurso de Montilla terminó, precisamente, con una referencia a *La ciutat llunyana*, un poema de Màrius Torres escrito en 1939. Ante el avance de las furias que destruyen "la ciudad ideal que quisimos alzar", el poeta evoca la fe y la esperanza que permiten resistir entre "las ruinas de sueños enterrados". Una cierta idea de Catalunya está desvaneciéndose, convertida en polvo. Oficio de la política es enfrentarse al polvo de la realidad sin excesos retóricos, ciertamente. Pero sin vendas en los ojos.

Y andar no solamente haciendo camino, sino mostrando a la desconcertada ciudadanía la senda de la esperanza.